

LA CAMPAÑA DE NAVARRA (1793-1795)  
EN LAS CARTAS DE LA SEÑORA DOÑA JUANA  
MARIA DE ESCOBAR Y DE SILVA-HERRERA,  
MARQUESA DE LOZOYA

por JUAN DE CONTRERAS, MARQUES DE LOZOYA  
Catedrático de la Universidad de Madrid  
De las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes

Hace ya muchos años, buceando en mi archivo familiar, en mi casa de Segovia, encontré dos gruesos legajos de cartas amarillentas que contenían la correspondencia de mi tatarabuela la Marquesa de Lozoya, Doña Juana María de Escobar y de Silva-Herrera con su administrador Don Antonio Chacón, referentes a la campaña de Navarra en la guerra entre España y la República Francesa, de 1793 a 1795, de la cual la dama, por una serie de curiosas circunstancias, fue testigo presencial. Hice de estas cartas, precedidas de un estudio preliminar, una edición en Valencia en 1925. Agotada tiempo ha, me ha parecido que el prólogo podría interesar a los lectores de REVISTA DE HISTORIA MILITAR, como una modesta contribución al conocimiento de una campaña que apenas ha dejado huella en las páginas de los libros de Historia.

EL ESPÍRITU ESPAÑOL EN 1793.

Al comenzar la década postrera del siglo XVIII cuyas novedades filosóficas repercutían ya en la política de Europa, el espíritu español había variado, en realidad, muy poco desde el tiempo de los Austrias, y España sentía de un modo más hondo y unánime que nunca el amor a la Religión y al Rey. El Gobierno patriarcal y benévolo de los primeros Borbones, su gestión proba y bien inten-

cionada, la prosperidad a que llegó el país en el reinado de Carlos III, en el cual España, por primera vez después de dos siglos, sentía su hambre satisfecha, y a veces complacido su orgullo con afortunadas empresas militares, justifican la veneración que el pueblo sentía hacia el Monarca, a pesar de que el absolutismo unificador, venido de Francia, difería de la castiza tradición española. En el servicio cortesano y militar del Rey empleábase la nobleza del Reino; a la Real Majestad dedicaban sus obras los literatos, los hombres de ciencia y los artistas; hasta los talleres y las fábricas reservaban para ella las primicias de su trabajo. Los palacios reales engalanábanse con los productos de la renaciente industria nacional: tapices madrileños, cristales de La Granja, sedas de Talavera, de Valencia, de Toledo; cerámica de Alcora y del Retiro.

Recién muerto Carlos III, su hijo y sucesor fue acogido con un entusiasmo justificado por su carácter bondadoso y por su buena voluntad. Aún no se habían hecho patentes la debilidad de su ánimo; no trascendía quizás al pueblo, aunque era ya notorio para la gente palatina, el dominio que sobre él ejercía su esposa, María Luisa de Parma; murmurábase ya en las tertulias cortesanas, pero aún no en las rúas y en las plazuelas. En la jura de los nuevos Reyes, el pueblo, que llenaba la carrera, les había aclamado con verdadero fervor, y en las ciudades del Reino que tenían el privilegio de proclamar al Monarca, este acto fue alegre y solemne.

La Religión lo era todo y lo llenaba todo en aquel momento; religiosísimos eran los Príncipes y la corte, la nobleza, salvo media docena de magnates enciclopedistas, y el pueblo, que se agrupaba en innumerables cofradías y en el cual el clero gozaba de influencia omnimoda. El culto se celebraba con gran esplendor; los conventos eran innumerables, y sus miembros intervenían no poco en la vida familiar, sometida a un régimen de cristiana y patriarcal severidad. Los más de los libros que se publicaban en España eran de devoción.

Fácil es pues imaginar la profunda extrañeza con que aquella sociedad, en la cual solamente algunos individuos, pertenecientes a la nobleza y a la clase media, seguían las corrientes filosóficas de la época, acogería los primeros síntomas de revolución en la Nación francesa, unida entonces a la nuestra por el parentesco de los Reyes, por alianzas diplomáticas y empresas militares; nuestra maestra a la sazón en política y en cultura. En sus comienzos, el movimiento renovador inquietó solamente al Gobierno. El Conde de

Floridablanca, ministro entonces, firme defensor del absolutismo real, tomó precauciones para que las ideas constitucionales no pasasen los Pirineos, y contuvo ciertos conatos de las Cortes de 1789; la Inquisición y los ministros diéronse a perseguir libros y papeles sospechosos. Bien pronto, a medida que fueron conociéndose los excesos de la Revolución, que imponía cada día nuevas humillaciones al descendiente de San Luis, se difundió en el pueblo una indignación sincera ante los atentados contra la autoridad regia, y ardió en todos los corazones el deseo de salvar, a lo menos, la vida del Rey Cristianísimo y de la familia real.

Al terminar el año de 1790, Luis XVI escribía a los monarcas europeos exponiéndoles su falta de libertad y sus temores, y pidiendo auxilio; sus cartas conmovieron los círculos cancillerescos de Europa, y Catalina de Rusia y Gustavo de Suecia mostraron propósitos de socorrer a los reales cautivos; el Emperador José y el Rey de España, más allegados, pretendieron aunar voluntades y hacer simultánea la acción de todos; pero el tiempo se consumía en trámites y consultas diplomáticas, mientras en Francia avanzaban vertiginosamente los sucesos. Fracasada la aventura de Varennes, perdió Luis XVI la apariencia de realeza y de libertad de que aún gozaba, y comenzó para él y para su familia un martirio humillante, que no tiene precedentes en la Historia.

Entretanto el buen pueblo español, tan afecto a la Religión y a la Monarquía, sentía vivamente los escarnios que una y otra sufrían en el país vecino y se horrorizaba de los excesos que sumían en un frenesí como de locura a aquella Francia, tan amada unas veces, tan odiada otras, pero siempre tan admirada. Los innumerables emigrados que pasaban las fronteras contribuían a excitar en todas las ciudades de la Península el odio a la Revolución; estampas y romances, cantares y folletos, conmovían al pueblo en favor de las egregias víctimas.

El Gobierno español seguía una política recelosa y vacilante, que el temor a empeorar la suerte de Luis XVI hacía casi tímida. Cuando el Conde de Floridablanca fue reemplazado por el de Aranda, cuya simpatía por las nuevas ideas y cuya amistad con muchos de los prohombres de la Revolución eran de todos conocidas, la diplomacia se hizo aún más contemporizadora. Aranda abrigó quizás un momento la ilusión de mantener la paz con Francia; pero los hechos ocurridos en París hubieron de quitársela bien pronto. El 20 de junio de 1792, las turbas invadieron las Tullerías, y el Rey hubo de refu-

giarse en el seno de la Asamblea; convocóse la Convención, y Luis XVI y su familia fueron encerrados en la Torre del Temple. El Conde de Aranda creyó llegado el momento de obrar, pero faltóle la resolución debida: una intriga forjada en el secreto de las cámaras palaciegas le quitó el Poder de las manos, para ponerlo en las inexpertas de don Manuel Godoy, Duque de la Alcudia.

La Convención iniciaba y seguía el proceso de Luis XVI; el ejército de los Príncipes atacaba en el Norte de Francia con adversa fortuna, y aún la Corte de España enviaba a París notas diplomáticas que ni siquiera eran leídas, apelando al procedimiento del soborno para obtener en la Asamblea una mayoría favorable a la abolución del Rey de Francia; pero ni aun con este medio, más práctico, pudo impedir que se consumase la tragedia de 21 de enero de 1793.

«*L'horreur du regicide* — dice a este propósito Geoffroy de Grandmaison — *retentit douloureusement dans le cœur du peuple espagnol. Au service funebre que M.M. de Haeré, de Lavauguyon et de Colonne, firent célébrer a Madrid pour le repos de l'ame de leur maître, il y eut un concours immense; les églises étaient pleines de gens en prieres, on lit en chaire le testament du feu Roi; la noblesse entiere prit le deuil; dans les theatres et les lieux publics, le peuple poursuivrait de ses huées les modes françaises et ceux qui les portaient.*» El sentimiento de indignación contra Francia fue tan unánime, que provocó uno de esos movimientos colectivos, raros en la Historia, que hacen vibrar a todo un pueblo al estímulo de un solo ideal. Sin embargo, el Gobierno continuó algún tiempo su conducta tímida e indecisa, y prosiguieron las conferencias entre Godoy y el Embajador Boingong. El Conde de Aranda sostuvo en un escrito dirigido al Rey, la conveniencia de seguir una política de neutralidad oportunista. Fue preciso que la misma Convención llevase a cabo ciertos actos de hostilidad contra España, para que Carlos IV se decidiese a declararle la guerra, y lo hizo a 23 de marzo de 1793. «Si no lo hubiese querido — dice el general Foy —, su nación habría hecho sin él la guerra».

No había visto nunca España un alzamiento popular en favor de la intervención armada como el de aquel año; la nación española engendró el caballeresco propósito de vengar a los muertos y de salvar la vida a los cautivos; de penetrar en Francia, como en tiempos de Felipe II, para destruir las nuevas herejías que apartaban a los franceses de la obediencia de la Religión y del Rey

Así, pues, la noticia de la declaración de esta guerra (la más legítima de las guerras la llama Veldeken), desde luego la más generosa y la más desinteresada que haya emprendido España, fue acogida con un gozo y con un entusiasmo indescriptibles. «No fue en 93 un partido —escribe con su afectada prosa el Príncipe de la Paz— quien aprobó la guerra, sino la nación entera, y no sólo la aprobó, sino que clamó por ella con entusiasmo generoso, y no clamó tan sólo, sino que corrió delante de ella con las personas, con sus riquezas, con sus bienes todos, no solamente los superfluos, sino los necesarios, desde los tesoros del grande de Castilla, hasta el pobre maravedí del mendigo. Jamás la España mostró una decisión más pronunciada, más solícita, más activa, más universal». Diversos historiadores han afirmado la unanimidad de las distintas clases sociales en el movimiento. El abate Muriel atestigua que «ninguna nación mostró tanta generosidad y ardor en aquel tiempo», ya que los donativos llegaron a 73 millones, oferta cuya cuantía no fue igualada entonces en país alguno.

En efecto, antes de declararse la guerra, desde el 26 de febrero de 1793, comenzó a publicar la «Gaceta de Madrid», las listas de mozos voluntarios, y desde 1.º de marzo, las de los donativos; nada más elocuente que estas relaciones, que ocupaban centenares de páginas del periódico oficial, y en las que se ven ofrendas de todo género y cuantía, hechas por gente de toda clase y condición, desde los Duques de Arión, Medinaceli, Osuna, Frías y Uceda, los Marqueses de Cerralbo y Campo-Real, los Condes de Balazote y Guadiana, y muchos personajes titulados, que levantaron a su costa regimientos o compañías; desde el Duque del Arco, que entregó al contado 2.000.000 de reales, y los caballeros de Xerez de la Frontera y de otros puntos, que ofrecieron, con sus personas, todos sus caudales, hasta gente humildísima como Francisco Manuel, pobre pejugalero de Alcalá la Real, que dió 200 reales. Figuran en las listas, el clero, desde el Arzobispo y Cabildo de Toledo, que entregaron cinco millones de reales «por ahora», hasta infinidad de pobres sacerdotes que ofrecieron la limosna o la intención de su misa; las monjas, desde la abadesa de las Huelgas, que prometió cincuenta mil reales anuales, hasta la de Santa Lucía de Badajoz, que ofrendaba sus pobres bienes y oraciones; los gremios, las ciudades, las mujeres, como doña Joaquina Pardo, de Córdoba, que pidió «servir en el Ejército, aunque no lleve otro destino que el de asistir a los enfermos que haya en él», y muchas otras, que ofrecían

sus hijos o sus caudales. Prelados y párrocos predicaban desde el púlpito esta nueva cruzada. Las casas de los franceses fueron asaltadas en muchas ciudades.

Tal era el espíritu público en España este año de 1793. Nunca una guerra gozó de una tan unánime popularidad, ni aún la de la Independencia, de la cual puede decirse que fue ésta como antecedente y preparación.

#### PLAN DE LA CAMPAÑA

El plan adoptado por la Corte, o por mejor decir, por el Duque de la Alcudia, omnipotente en ella, es generalmente alabado como el más propio para alcanzar el éxito. Habían de formarse tres ejércitos, de los cuales uno, más poderoso, cuyo mando se dió al más prestigioso de los generales españoles, invadiría Francia por la parte de los Pirineos orientales, ocupando el Rosellón; varias razones aconsejaban intentar por este lado la acometida principal; la naturaleza del terreno, menos accidentado y escabroso, y sobre todo el estado de espíritu de sus habitantes, en el cual prevalecían las ideas católicas y monárquicas, que nuestros soldados trataban de restablecer en Francia; además, por haber pertenecido esta región a España hasta 1668 y conservar aún habla y costumbres catalanas, podía esperarse que no hiciese mal recibimiento a nuestras tropas. La misión de los otros ejércitos, que habían de situarse en Navarra y Guipúzcoa el uno, y en Aragón el otro, no era sino contener al enemigo, sin perjuicio de llevar a cabo alguna ofensiva que distrajese por aquellos lados sus fuerzas cuando fuera menester.

El brillo de la campaña del Rosellón, que constituye una de las más puras glorias de nuestra Historia, ha atraído hacia este lado la atención de los historiógrafos, que poco o nada se ocupan de la de Navarra. (El ejército de Aragón permaneció casi inactivo). Sin embargo, no faltaron en ella hechos gloriosos de acometividad en los primeros meses, y de tenaz defensa en las últimas y desdichadas fases de la guerra (1).

---

(1) V. las siguientes obras: MANUEL GODOY: *Memorias críticas y apolo-  
géticas para la historia del reinado de Carlos IV* (Madrid, 1836-1842).  
MURIEL: *Historia de Carlos IV (Memorial Histórico Español, tomos XXIX*



El niño don Luis de Contreras-Girón y Peralta, luego IV Marqués de Lozoya.

(Colección Marqués de Lozoya, Segovia).



Torreón de los Marqueses de Lozoya (Segovia).



## SEGOVIA EN 1793

En 1793, la ciudad de Segovia, tan rica y bulliciosa en tiempos de los primeros Austrias, era una pequeña población de dos mil vecinos, con tranquilas plazuelas, callejas tortuosas y mal empedradas y aspecto medieval, al que contribuían los campanarios y espadañas, ábsides y pórticos de sus veinticinco parroquias y de sus veintiún conventos; las almenas de sus murallas, las torres y las portaladas de sus palacios señoriales; no obstante, procuraba vivir la vida de su época y lo conseguía a medias. La proximidad del Real Sitio de San Ildefonso hizo que lloviesen sobre ella más abundantes los beneficios del absolutismo ilustrado de los Borbones. Mediante la protección real renacía la industria pañera, no diseminada en numerosos y pequeños batanes y telares, como antaño, sino explotada en las reales fábricas de Ortiz de Paz y en las de otros ricos fabricantes, favorecidas con innumerables privilegios, y florecían las de loza, papel, peltre y algunas otras; en La Granja, los Reyes creaban y mantenían la fábrica de cristal, e hicieron ensayos de diversas fabricaciones. En 1776, algunas personas calificadas, unidas por su amor a la ciudad, juntáronse para formar una Sociedad Económica de Amigos del País, cuyos estatutos fueron apro-

---

a XXXIII. (Madrid, 1893-1894). GÓMEZ DE ARTECHE: *Reinado de Carlos IV* Madrid, 1894. GEOFFRAY DE GRANDMAISON: *L'ambassade française en Espagne pendant la Revolution (1789-1804)*. París, 1892. MASSON: *Le département des Affaires étrangères pendant la Revolution (1789-1804)*. MASSON: *Les diplomates de la Revolution*. A. SOREL: *La diplomatie française et l'Espagne de 1792 a 1796* (*Revue Historique*, T. X, XI, XII y XIII). A. SOREL: *L'Europe et la Revolution Française*. París, 1901. TRATCHEWSKI: *L'Espagne a l'époque de la Revolution Française* (*Revue Historique*, T. XXXI). J. PÉREZ GUZMÁN: *Estudios de la vida, reinado, proscripción y muerte de Carlos IV y Maria Luisa* (segunda edición, Madrid, 1909). J. PÉREZ DE GUZMÁN: *Las relaciones políticas de España con las demás potencias de Europa, al caer el Conde de Floridablanca de su Ministerio en 1792* (*Revista de Derecho Internacional y Política Exterior*, 1906). J. PÉREZ DE GUZMÁN: *Bosquejo histórico documental de la «Gaceta de Madrid»* (Madrid, 1902). ANGEL OSSORIO: *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra de España con la República Francesa (1795-1796)*. Madrid, 1913. MIGUEL LASSO DE LA VEGA: *El Duque de Havré y su misión en España 1791-1798*. Madrid, 1916.

bados por Carlos III en diciembre de 1780, y la naciente Asociación, en la cual figuraban principalmente fabricantes de paños, funcionarios públicos y algunos clérigos, creó escuelas fabriles y fomentó cuanto pudo el desarrollo de la agricultura y de la industria y el estudio de las Ciencias naturales, a las que era aquel siglo tan aficionado. El Colegio del Real Cuerpo de Artillería, establecido en el Alcázar de Segovia en 1764, trajo a la ciudad un grupo selecto de hombres de ciencia y de hombres de honor; para él creóse en 1792 un laboratorio de Química, a cargo de Luis Proust. Desde 1778 funcionaba una escuela de dibujo, grabado y otras artes, a cargo del famoso grabador Espinosa. Se plantó un jardín botánico; hablábase de fundar un museo de Historia Natural... (2).

Estas novedades no pasaron, sin embargo, de la superficie, pues la sociedad segoviana seguía siendo, en el fondo, profundamente tradicional; componíase de algunas familias tituladas, herederas de los infanzones de la Reconquista, que vivían del producto de sus inmensos rebaños y de sus pingües mayorazgos; de fabricantes y ganaderos ricos, que iban, poco a poco, ganando ejecutoria y esculpiendo blasones sobre la puerta de sus casas; de un numerosísimo clero secular y regular; de funcionarios civiles y militares. El pueblo, dedicado principalmente a los trabajos de la lana, conservaba los antiguos gremios y cofradías, a pesar de la antipatía con que miraban los economistas ese género de corporaciones, y que iba ganando las alturas del Poder (3).

Comprendamos la estupefacción que en este ambiente patriarcal producirían las noticias de las convulsiones de allende el Pirineo, difundidas por las Gacetas de Madrid y ponderadas en folletos, hojas y canciones, venidos también de la Corte o engendrados por

---

(2) Eran muchos los que criticaban estas reformas o se burlaban de ellas. En nuestra Biblioteca hay unas décimas burlescas que se refieren a los trabajos de la Sociedad Económica, «aseo del camino del Rastro, floreciente plantío, limpieza de las calles y alumbrado... Gabinete de Historia natural».

(3) V. las siguientes obras: *Actas y memorias de la Real Sociedad Económica de los amigos del País de la Provincia de Segovia* (Segovia, cuatro tomos, 1785, 1786, 1787, 1793). CARLOS DE LECEA: *Recuerdos de la antigua industria segoviana* (Segovia, 1897). *Almanaque religioso, astronómico, histórico y estadístico de Segovia y su provincia, dispuesto para el año 1868* (anónimo, si bien se sabe fué compuesto por don ADOLFO CARRASCO). G. M. VERGARA: *Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes a la provincia de Segovia* (Segovia, 1903).

ingenios locales (4). La declaración de guerra fue acogida con el mismo generoso entusiasmo que en otras partes, y así el Obispo, que lo era don Alonso Marcos de Llanes, el Cabildo y muchos particulares, ofrecieron donativos para la guerra, tan cuantiosos algunos como el del Marqués de Quintanar, que entregó crecidas cantidades, o el del Marqués del Arco, que armó a su costa un grupo de soldados; tan humildes otros, como el de don Bartolomé Peral, maestro de Rianza, el cual ofreció toda su asignación (tres fanegas de trigo, tres de cebada y 160 reales anuales). La ciudad puso a disposición del Gobierno, por mediación del Ayuntamiento, «las personas y haciendas de sus vecinos, sus propios, arbitrios y utilidades», y el gremio de pañeros, el más pujante y magnífico, presentó treinta mil reales anuales (5). Animada de este entusiasmo, la ciudad no recibió con pena, como otras veces, la noticia de que el Regimiento Provincial de Segovia, compuesto principalmente por naturales de la provincia, estaba destinado a hacer la campaña, sino que los soldados y sus familias alegrábanse de que los segovianos tomasen parte en la Cruzada.

En la Edad Media, milicias segovianas se habían distinguido en infinidad de gloriosos hechos de armas; en la reconquista de Madrid, de Cuenca, de Baeza, de Córdoba, de Sevilla. En tiempo de los Austrias, los soldados segovianos, reclutados por el Ayuntamiento, hicieron también notar en infinidad de empresas; en 20 de enero de 1694 se dió una Real Cédula creando el Tercio de Segovia, al mando del Maestre de Campo don Francisco de Luna y Cárcamo, compuesto de mil plazas, distribuídas en quince compañías; el uniforme era blanco, por lo cual, en lugar de su denominación oficial, que era «Tercio provincial nuevo de Segovia», solía llamársele el Tercio de los blancos; su Patrón era San Frutos, y en su escudo de armas figuraba un acueducto de oro en campo azul. Durante la Guerra de Sucesión sufrió varias vicisitudes, y fue extinguido

---

(4) Poseemos algunos en nuestra Biblioteca. De los más curiosos es un número (manuscrito y quizá único) del periódico *El Antimonitor Universal*, que publicaba noticias fantásticas de todo el mundo, y aun de fuera de él, ridiculizando a la Asamblea Nacional y augurando su fin por el esfuerzo de los aliados.

También circuló por Segovia la conmovedora Carta Pastoral de monseñor Juan Carlos de Coucy, Obispo de Rochella.

(5) V. la colección de la *Gazeta de Madrid*, correspondiente al año 1793.

en 1715. Carlos III lo volvió a formar en 1766 con el nombre de Regimiento provincial de Segovia, que últimamente había tenido, con 720 plazas (6). Estos Regimientos provinciales creados en gran parte de España, regíanse por la ordenanza de 31 de enero de 1734. Eran verdaderas milicias reclutadas por la leva, que se verificaba en la provincia siempre que el Rey lo requiriera. Su uniforme era el de la Infantería española: casaca azul con vueltas rojas, calzón blanco y sombrero apuntado de fieltro negro. Desde 23 de septiembre de 1783 era coronel del Regimiento Don Luis de Contreras Girón y de Peralta, Marqués de Lozoya (7), casado desde 1771 con doña Juana María de Escobar y de Silva-Herrera, cuyas cartas sobre la campaña de Navarra motivan estos comentarios.

---

(6) Durante la Guerra de Sucesión, el 28 de mayo de 1704, su segundo batallón tomó a la bayoneta el campo atrincherado de los aliados, en la cumbre de la montaña de Ferreira, de Portugal, aprisionando a los batallones que lo defendían. Una Real Ordenanza de Felipe V, dada a 28 de octubre de 1704, lo transformó en Regimiento, el cual fué generalmente designado con el nombre de «El Confundido», y otra de 28 de febrero de 1707 separó sus batallones, formando uno de ellos el regimiento de Toro y quedando otro con el nombre de Regimiento provincial de Segovia. Este, en 1710, tomó parte en el asalto de Brihuega, siendo su coronel el primero que clavó la bandera de los Borbones en los muros de la plaza, y mostró luego su bizarria en la batalla de Villaviciosa. En 18 de abril de 1715 fué extinguido, pasando su fuerza a formar parte de otros cuerpos.

Carlos III tornó a formar un regimiento, con el mismo nombre, en 1766, con 720 plazas; fue su primer coronel don Manuel de Campuzano Peralta y Arias Dávila, Conde de Mansilla, Caballero del Hábito de Santiago y Gentilhombre de Cámara de S. M.; en 6 de julio de 1767 fue nombrado Teniente Coronel don Luis Domingo de Contreras Girón y Peralta, primogénito del Marqués de Lozoya, cuyo título recayó en él poco más tarde.

(7) Don Luis Domingo de Contreras-Girón y Peralta, IV Marqués de Lozoya, Señor de Santa Cruz, Castillejo, Torres de Reynoso y Miguel-Muñoz, Regidor perpetuo de Segovia, era hijo de don Luis de Contreras-Girón y de Lara, Marqués de Lozoya, Mayordomo de la Reina Isabel de Farnesio, y de doña María Luisa de Peralta de Bouters, nacida en el castillo de Bouters (Boulaere), cerca de Gramont, en Flandes, hija de Luis de Peralta, Barón de Louvignies, Gobernador de Charleroi, Mariscal de Campo del Rey de España y Gentilhombre de S. A. Electoral de Baviera, y de Juana de Casina de Bouters, hija del Conde de Wonheim, Marqués de Longamarca, Conde del Sacro Imperio, Barón soberano de Bouters y Par de Flandes. Había nacido en la casa del Mayorazgo de Losa, en la Canongía Nueva, restaurada por los Marqueses de Lozoya en el siglo XVII, el 6 de mayo de 1741. Tuvo otro hermano varón, don Melchor, Coronel del Regi-

Dejó esta dama, a su paso por la casa de Lozoya, un suave recuerdo de virtud, de gracia y de discreción. Era hija del caballero extremeño don Francisco Xavier de Escobar, Torres y Fernández-Golfín, Señor de la Casa-Fuerte de Escobar, en Trujillo, y de doña María Antonia de Silva-Herrera y Peréx, natural de la villa de Pedraza. Por su cargo de Teniente del Alcázar de Segovia, don Francisco Xavier se instaló en la ciudad (en unas casas de la parroquia de San Sebastián, a la plazuela del Seminario), y en ella nació doña Juana, su primogénita, el 23 de diciembre de 1744. Oriunda de una rica y noble familia de ganaderos y agricultores, doña Juana fue educada en las antiguas virtudes castellanas. Una piedad solidísima formaba la base de su carácter. La religión era todo en su vida, pero fue instruída también en aquello que deben saber las que han de ser señoras de una casa grande, llena de criados, mayoresales, gañanes, aperadores y mozos de labranza, para las cuales escribió preferentemente su «Perfecta casada» Fray Luis de León.

Al casarse con el Marqués de Lozoya, vino a vivir doña Juana a las casas del Mayorazgo de Aguilar, cuya alta torre medieval domina todo el barrio de San Martín. En el interior de este edificio dejó el Renacimiento, en patios, aposentos y galerías, algo de lo más bello que en su estilo existe en España. En las cámaras del palacio, adornadas de zócalos de azulejos, chimeneas monumentales y techos de alfarje, cubiertas las paredes de tapices y de cuadros, pasó el matrimonio aquellos años tranquilos y prósperos de las postrimerías del reinado de Carlos III y de los comienzos del de Carlos IV; alguna estancia campestre en su villa de Lozoya, en el palacio de Marazuela o en el esquileo de Cabanillas, eran los más notables acontecimientos que turbaban la placidez de su vida provinciana. Ocupábase el Marqués en el cuidado de sus señoríos y mayorazgos, y la Marquesa, en la crianza de sus hijos, en el difícil gobierno de su casa (8) y en infinitas obras de caridad y devoción, que la

---

miento de la Princesa y Caballero de la Orden de Malta, y varias hembras: doña Engracia, casada con el Marqués de Quintanar; doña María de la Fuencisla, que murió soltera, y doña Ana María y doña Josefa María, monjas del Císter en el Monasterio de San Vicente.

(8) La Marquesa de Lozoya seguía con atención la marcha de la Sociedad Económica de Amigos del País. Obedeciendo a las tendencias de ensayar nuevas industrias, logró aclimatar en Segovia la cría de gusanos de seda y presentó a la Sociedad piezas de tejido de seda segoviana, labrado en sus telares.

dieron en la ciudad fama de santa, hasta el punto de motivar que en su torno se formase una áurea leyenda de sucesos sobrenaturales (9).

En este ambiente de orden y de piedad, las noticias de los sucesos que ocurrían allende los Pirineos ocasionaban una extraordinaria conmoción. En la tertulia de la casona de Aguilar, a la cual solían concurrir la Marquesa de Quintanar, los Condes de Mansilla y buen número de canónigos del Cabildo y de frailes de los innumerables hábitos que por Segovia se veían, comentábanse las últimas noticias de Francia: la Asamblea Constituyente, las matanzas de aristócratas y de clérigos, la huida de la familia real, la prisión en el Temple y, por último, el proceso y la muerte de Luis XVI, todo ello reformado y complicado con los rumores más absurdos. Para los contertulios de la Marquesa, la familia real, el clero y la nobleza de Francia, podían compararse con los mártires de las Catacumbas; en cuanto a los convencionales, imaginábanlos, no se si con cuernos y rabo, pero desde luego más como diablos que como hombres. La dueña de la casa, católica y monárquica ardientísima, manifestó desde el primer momento un deseo vivo de que los ejércitos de España interviniesen para restaurar en Francia el trono y el altar, y para convencer a los franceses de sus errores. Segura de que nuestro ejército era invencible, no podía tener duda de que las tropas españolas llegarían a París con poco esfuerzo, y después de poner en el trono al niño Luis XVII, bajo la regencia de su madre, ahorcarían media docena de revoltosos y volverían a España, dejando a nuestros vecinos pacíficos y agradecidos. No sólo no la causó disgusto, sino alegría, cuando el Capitan general de Castilla la Vieja comunicó al Marqués que pusiese su Regimiento sobre las armas y lo llevase a Navarra. Entusiasmábala que aquel Cuerpo, cuyos oficiales y soldados eran casi todos parientes, amigos, colonos o vasallos suyos, participase de tanta gloria.

---

(9) Entre ellos se cuenta el siguiente: estando un día la Marquesa orando en la Iglesia de San Martín, oyó una clara voz que la ordenaba volver a su casa. Espantóse de ello, porque se hallaba sola en la iglesia, e intentó seguir rezando; pero por otras dos veces la misma voz repitió la orden. Se dirigió entonces a su palacio, tan cercano a la iglesia, y al entrar en el oratorio, como hacía siempre que volvía a su casa, encontró el altar todo en llamas, que comenzaban a prender en la maravillosa imagen de Jesús en la Agonía (obra atribuída al escultor Manuel Pereyra), la cual pudo ser salvada y se venera hoy en la Catedral.

Quizás no imaginaba entonces que ella misma estaba destinada a compartir las fatigas, más abundantes que los laureles, de aquella campaña. Servía como teniente en el Regimiento el niño don Luis Domingo de Contreras-Girón y Escobar (10), primogénito de los Marqueses, que no contaba sino trece años de edad; hubiese sido fácil conseguir licencia para que permaneciese en Segovia; pero el muchacho, exaltado por lo que oía en la tertulia de su madre, no tenía otro empeño que galopar con su jaca torda por los campos de Francia y emplear su espadita, guarnecida de bronce y terciopelo, contra los pícaros franceses, en defensa del Niño-Rey. Ante la desesperación del oficialito, que veía partir sin él a su Regimiento, fue preciso dejarle marchar; pero la Marquesa tomó una determinación muy de acuerdo con su carácter decidido y entusiasta: la de seguir al Regimiento en su berlina de colleras, arrastrada por gigantescas mulas, cuidando del hijo y del marido y aun de todos los soldados segovianos, para los cuales fue como una madre durante la campaña. Doña Juana de Escobar tuvo que acudir a todas sus energías para vencer los obstáculos que se opusieron a su proyecto, principalmente los ruegos de su padre, el anciano don Francisco Xavier, y de sus familiares y criados, y su propia pena al separarse de sus hijas, María de los Dolores y María Fuencisla, muy niñas aún. El que haya leído *Ayer, hoy y mañana*, de don Antonio Flores, recordará el conflicto que suponía, aun para gentes de calidad, un viaje en tiempos de Carlos IV (11).

A principios de abril de 1793 salió de la ciudad el Regimiento, despedido por Segovia entera, con dirección a las montañas de Navarra, adonde iba destinado; el espíritu de los soldados era excelente, y se mantuvo así durante casi toda la campaña.

En los pechos de aquellos graves y tranquilos castellanos ardía el deseo de entrar en Francia, salvar a Luis XVII y a la Reina viuda y restablecer el trono y el altar; así se desprende, no sólo de la correspondencia que publicamos, sino de otras cartas de oficiales y soldados que hemos podido leer. En enero de 1795 escribía desde el Hospital de Estella a la Marquesa de Lozoya, el soldado Anto-

---

(10) Nacido en 20 de septiembre de 1779.

(11) En 10 de marzo de 1793 hicieron los Marqueses testamento mancomunado ante el Escribano Juan de Sierras; en este documento se refieren a la próxima salida del Regimiento para Navarra, «con motivo de las rebo- luciones que en el día se experimentan en el Reyno de Francia».

nio Santo Domingo, uno de los voluntarios pagados por el Marqués del Arco. Y en su curiosa carta hay párrafos como éste: «Tú, famosísimo soldado San Martín, por los siete años y medio que he vivido en tu feligresía, te pido me presteis vuestro morrión para que yo llegue a ser un gran soldado, y por vuestro entendimiento y letras de vuestra mitra, os pido me presteis tu gracia y sabiduría para que yo pueda conbertir a nuestros hermanos... Dios del Universo, tú permites y consientes que en todas las guerras sangrientas, como hay escritas en las historias, en todas aveis obrado tantos milagros enviando tan grandes santos para que con la predicación del evangelio Santo dejen, esos erejotes su obstina (sic.) secta, y les traiga el Señor a verdadero conocimiento» (12). El espíritu castellano apenas había variado desde tiempos de Felipe II. Antonio Santo Domingo pensaba como cualquier soldado de los tercios de Alejandro Farnesio.

A fines de abril, el Regimiento, seguido por la Marquesa en su coche de mulas, entraba en la capital del Reino de Navarra.

#### LAS CARTAS DE DOÑA JUANA DE ESCOBAR

En una vieja casita de la plaza de San Martín, adherida al torreón de Lozoya y en comunicación con él, vivía con su mujer, sus hijos y sus nietos, el anciano don Antonio Chacón, que había empleado lo más de su vida, por espacio de medio siglo, en servir de mayordomo a los Marqueses, a los que miraba con una veneración ilimitada y de los que era estimadísimo: prototipo, en fin, de los servidores de antaño, que tenían como cosa propia la honra y la hacienda de sus amos. Fue quizás el humilde viejecito quien más turbado quedó con la partida del Regimiento, pues sobre sus hombros había de pesar la administración de las villas, lugares y tierras del Marquesado; y el cuidado de la casa y familia de sus amos, que en él ciegamente confiaban. Para ayudarle en lo posible en estos menesteres, para los infinitos encargos del Regimiento y para darle noticias de la marcha de la guerra, la Marquesa mantuvo durante todo el tiempo que duró la campaña una activa correspondencia con don Antonio Chacón; estas cartas, que integran dos grue-

---

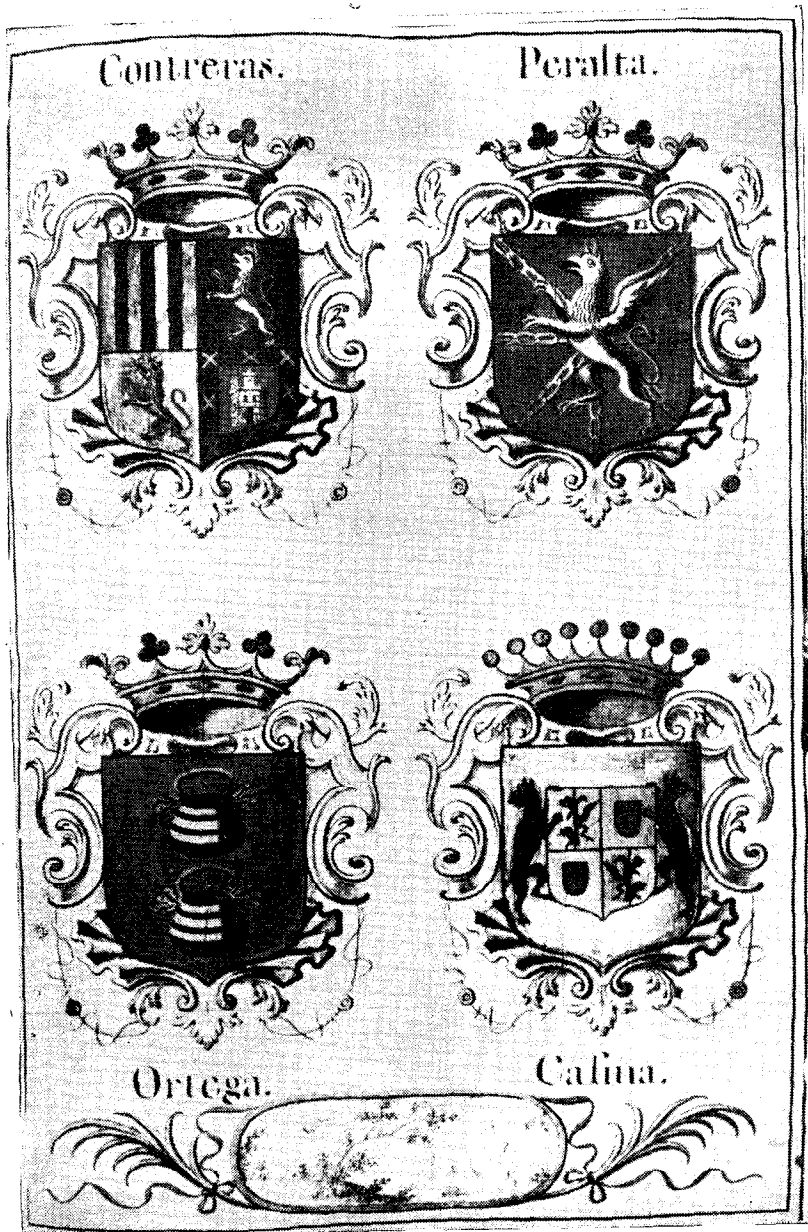
(12) El original en el archivo de los Marqueses de Lozoya.





Retratode don Luis de Contreras y Escobar, luego V Marqués de Lozoya,  
por Victorino López

(Colección Marqués de Lozoya, Segovia).



Escudos de armas de don Luis de Contreras-Girón y Peralta, IV Marqués de Lozoya.

(Archivo del Marqués de Lozoya, Segovia).

sos legajos en nuestro archivo familiar, contienen minuciosas y curiosísimas noticias sobre la campaña, y por su frecuencia, son como un diario de las vicisitudes de ella. Recibidas en Segovia, eran leídas ansiosamente por la familia Chacón, por los servidores todos de la casa, por parientes y allegados de la familia, y aun las más veces corrían luego los conventos más favorecidos por la Marquesa, que a diario elevaban a Dios sus oraciones por la salud de los ausentes, o iban a parar a las familias de los soldados, si alguno de ellos era nombrado en sus párrafos.

El mayor espacio de estas cartas está dedicado a cierta obra de caridad, utilísima al Regimiento, a la cual la Marquesa se dedicaba afanosamente. Como las dificultades de comunicación entre Castilla y Navarra eran grandes, los soldados recibían con retraso los socorros de sus familias, y encontraban no menores obstáculos para enviar a éstas sus pagas, que muchas veces eran su único sostén. Discurrió doña Juana de Escobar que las familias de los soldados entregasen su dinero al mayordomo, el cual por carta avisaba a su señora, que de su peculio entregaba en Navarra la cantidad, acaso aumentada las más de las veces, a los soldados, y de análogo modo se procedía en el caso inverso; es indecible el socorro que soldados y familias recibían con esta especie de giro postal; cuando, por estar la Marquesa temporalmente distanciada del Regimiento, les faltó, el desconuelo era grandísimo en la tropa. No pequeño espacio de las epístolas dedicaba doña Juana al cuidado de su padre y de sus hijas, al de su casa y hacienda, que, aun distante tantas leguas, seguía hasta en los más nimios detalles; a los sucesos de la ciudad y a los ocurridos en las familias de los vecinos y parientes; pero en ninguna de ellas deja de hablar, más o menos largamente, de la campaña, cuya marcha le interesaba sobre todo.

Sus cartas son incorrectas en estilo y ortografía, como escritas a la buena de Dios, por persona no muy letrada; pero esta misma falta de pretensiones literarias les da gracia y espontaneidad; sus descripciones de personas o de batallas están llenas de animación. Refleja este epistolario un espíritu extraordinariamente vivo y enérgico, una fe firme y alegre, una confianza ilimitada en los destinos de España, un optimismo a prueba de reveses. En una carta escrita cerca de la línea de fuego (Burguete, 7 de septiembre de 1793), cuenta que está «sin conocer el miedo a los franceses, pues las generalas ya nos son más gustosas que las retretas»; y en la misma, contan-

do un ataque de los enemigos a un lugar cercano, dice: «Estas noticias conozco alborotarán a v. m. mucho; pero aquí estamos todos tan connaturalizados con estas músicas, que el día que no las hai nos parece no tenemos de que ablar, sin tener el menor sobresalto por nada, y le aseguro a v. m. comí ayer unas truchas francesas que en mi vida las he comido mexores». En otra (15 septiembre 1793) dice así: «Yo he servido a todos los puestos, i en San Carlos tuve la satisfacción de cargar por mi mano un obús, i si hubieran venido los franzeses se le uviera disparado», y expresiones análogas hay en casi todas las cartas. Aun en los malos días de 1794, en que el desaliento reinaba en todas partes, el Marqués de Lozoya podía escribir a Chacón estas palabras (Roncesvalles, 1.º junio de 1794): «Tu ama, siempre poseída de un entusiasmo de espíritu militar que nada la acobarda, que no es poca fortuna».

Quizá algunos méritos o deméritos de estilo deban ser puestos a cuenta del amanuense, pues las más de estas cartas, fechadas en Pamplona, en el campamento, en Tafalla o Tudela, están dictadas por doña Juana, generalmente a su Capellán. «A todos dará V. mis memorias —escribía a Chacón, desde Pamplona, en diciembre de 1793—, empezando por doña María —la mujer de don Antonio, viejecita muy familiar de la Marquesa—, que la dirá V. M. que estoy notando la carta y hilando con mucha codicia, con mi perrito francés a el lado, que me quiere más que el Marquesito».

No solamente estriba el interés de esta correspondencia en los minuciosos detalles que contiene sobre los sucesos de la guerra, y que confirman o complementan el testimonio de los historiadores, sino porque nos trae como un eco del espíritu del paisanaje y de los soldados durante la campaña, espíritu siempre generoso y abnegado y sin otro ideal que el de restablecer en Francia el trono y la Religión; convencido al principio de las fuerzas de España, de la facilidad de la empresa, de la poquedad y cobardía de los franceses; algo desilusionado luego por los desastres del Rosellón, de Figueras y de Guipúzcoa; anheloso, por último, de la paz a todo trance. La Marquesa recogía sus noticias de los mismos campamentos o de las tertulias de Pamplona (la de los Condes de Guendulain o la del Regente), adonde llegaban de continuo los más absurdos rumores (la proclamación de Luis XVII, en París; la voladura de San Juan de Luz, la ejecución del venezolano Miranda). En muchas cartas hay noticias de interés sobre personajes importantes, como Caro, Osuna, San Simón o los revolucionarios espa-

ñoles en Francia; en otras hay detalles emocionantes de la guerra, como la heroica muerte de aquel cabrero segoviano que, con la cabeza destrozada por una bala, aún invocaba a la Virgen de la Fuencisla, o las aventuras del sargento Rodrigo a través de Francia. En todas ellas se contiene ese algo impalpable y vivo que da a conocer el verdadero ambiente de una época mil veces mejor que la Historiografía oficial.

La autora de estas cartas, historiadora inconsciente, sobrevivió bastantes años a estos sucesos. Abrumada por desgracias familiares (la muerte de sus dos hijas y la de su marido) (13) y por las desdichas que sufrió España en los comienzos del siglo XIX, recluyóse en su palacio, dedicada exclusivamente a obras de piedad, y en él murió en 3 de febrero de 1822, en opinión de santa. No nos ha quedado de ella retrato alguno (14), pero tradicionalmente se afirma que tenía un gran parecido físico con Santa Teresa de Jesús, a la cual no dejaba de parecerse moralmente, por su alegre donaire, por su actividad y por su espíritu caballeresco, templado por el buen sentido castellano. Los más viejos guardas y colonos de su esquilero de Cabanillas creían firmemente que una imagen de la Santa de Avila (copia de la famosa pintura de Fray Juan de la Miseria) que existía en el salón principal de aquella posesión, era el verdadero retrato de «la Santa Marquesa».

#### EL EJÉRCITO DE NAVARRA

Según Arteche, fueron destinados 18.000 hombres a formar el ejército que debía operar en Navarra y Guipúzcoa. Luis de Marcillac eleva el número a 22.000, si bien de ellos solamente 2.000 pertenecían a tropas de línea y el resto a los Regimientos de Milicias provinciales; ambos autores pueden tener razón, pues el número de batallones varió mucho en el curso de la guerra; en todo caso, el ejército era insuficiente para cubrir 32 leguas de accidentada fron-

---

(13) Murió don Luis Domingo de Contreras-Girón y Peralta, año de 1804

(14) En la villa de Pedraza hemos oído decir que hasta tiempo relativamente cercano se conservó, en la casa solariega de los Silva-Herrera, un retrato de la Marquesa en traje de cazadora, pintado por Goya. No hemos podido ver este retrato ni sabemos de su paradero.

tera; los envíos de tropas se hicieron con dificultad y muy despaciosamente, dando lugar a que se desperdiciase el tiempo en que se podía haber obrado con más energía, por la poquedad, abatimiento y desmoralización del ejército francés. A 22 de abril escribe desde Pamplona la Marquesa de Lozoya; «Aquí se andan juntando los soldados del Reino, que ia avian de estar todos a la frontera: la fortuna es que los franceses están caidos... Esta plaza está indefensa, pues no tiene un cañón montado (todos se los han llevado) ni más tropas que nuestro regimiento i el de Logroño...». Y más adelante: «Hay poca tropa nuestra y los más son provinciales».

### LAS MILICIAS PROVINCIALES

En efecto, como teatro secundario de la guerra, a Navarra habían sido destinados los más de los Regimientos provinciales; estas Milicias, que respondían a la tradición de los antiguos Tercios de las ciudades, habían sido reglamentadas por Carlos III en 1766; se componían de los hombres que la suerte designaba entre los vecinos de una provincia; solían reclutarse apresuradamente, cuando las circunstancias lo hacían menester, y casi siempre quedaban incompletos sus cuadros; los mandos, hasta la coronelía, los desempeñaban, no oficiales del ejército, sino personajes distinguidos de la provincia; así, pues, solían constituir unidades de no gran valor, sobre todo para operaciones de complicado desarrollo. Tomaron parte en la campaña de Navarra los regimientos de Segovia, Logroño, Avila, Plasencia, Soria, Burgos, Toledo y León.

### LAS TROPAS REGULARES

Varió mucho el número y composición de las tropas regulares en el transcurso de la guerra. Eran, en general, elementos excelentes, que conservaban la rígida disciplina de los tiempos de Carlos III, mandados por una oficialidad ilustrada y valiente. En la *Gaceta* de 18 de junio de 1793 se lee que tomaron parte en la acción de Castel-Piñón fuerzas de los regimientos de línea Inmemorial del Rey, Corona, Africa, América, Dragones de la Reina, Cazadores de Galicia y Voluntarios de Aragón, además de algunas compañías sueltas, y la artillería, que era insuficiente para las necesidades de

la campaña ; había además en Navarra dos regimientos de Caballería, voluntarios de Extremadura, el Regimiento de la Princesa, el de Farnesio y un batallón de Suizos. En cuanto a los cuerpos auxiliares del ejército, he aquí lo que dice un testigo presencial (15) : «En la administración de los ejércitos de España había vicios que con frecuencia perjudicaron a los sucesos de las operaciones combinadas por los generales. La administración de los víveres era de testable ; la dirección de los convoyes, mala ; la artillería, con frecuencia escaseaba de municiones ; los soldados recibían rara vez cartuchos durante la acción, por cuya causa muchas veces tuvieron que retirarse unos cuerpos que habían logrado ventajas. El detalle de los espías estuvo confiado a extranjeros... Sólo los hospitales estuvieron siempre bien servidos ; se podía decir, con demasiada profusión y lujo». Las cartas de la Marquesa de Lozoya confirman estos extremos ; en ellas se hacen las mayores ponderaciones de los cirujanos del ejército.

#### LOS EMIGRADOS

Al tiempo de ser convocados por el Rey de Francia los estados generales de 1789, la vieja nobleza francesa había perdido por completo el espíritu cristiano y lo había sustituido por las ideas filosóficas de la Enciclopedia, que la inducía a una filantropía afectada, grata a corazones *sensibles*, muy distinta a la verdadera caridad. Las austeras virtudes de la raza habían quedado relegadas a los hidalgos de provincia, a la aristocracia de toga, un poco desdeñada siempre. La gran nobleza era viciosa, ilustrada y escéptica, devota ferviente del talento y de la gracia en el decir. Los hombres eran bravos, con un valor un poco petulante ; las mujeres, amables y espirituales (16).

---

(15) LOUIS DE MARCILLAC: *Histoire de la Guerre entre la France et l'Espagne (1793-1795)*. París, 1808. Versión española del C. D. J. B. Madrid, 1815. Fuente de primer orden para el estudio de este período.

(16) No hay una obra de conjunto sobre el tema tan importante de la emigración francesa en España durante la Revolución. Los datos más interesantes los suministran las obras de MARCILLAC, GEOFFRAY DE GRANDMAISON y M. LASSO DE LA VEGA. Véanse, además de la obra general de FORNERON, que contiene pocos detalles referentes a España, pero que es interesan-

Inmediatamente después de los primeros trastornos revolucionarios, estas gentes carecieron de seguridad en sus haciendas y aun en sus vidas. Se les odiaba por sus privilegios, por su altivez, por sus desdenes; se envidiaba su lujo, su elegancia y su talento; se temían sus fervientes opiniones realistas. Muy pronto no hubo asilo para ellos; en los campos, los aldeanos quemaban los castillos y asesinaban a sus moradores; en las ciudades eran los nobles denunciados y aprisionados, sin que les valiera al cabo ni aun la claudicación de sus principios.

Fue preciso emigrar. Los emigrantes previsores, los que se apresuraron a abandonar la patria cuando sus vidas no corrían aún gran peligro, hicieron del destierro una alegre fiesta, un placer, que les permitía conocer nuevos países. Hubieron de abandonar luego el suelo patrio los caballeros a quienes el deber llamaba en torno de las banderas que tremolaban ya los Príncipes de la Sangre; los sacerdotes, a quienes sus creencias impedían prestar el juramento de apostasía. A última hora, ya en pleno terror, clérigos y aristócratas conseguían aún huir apresuradamente, sin recurso alguno, y vivían en el extranjero una vida miserable.

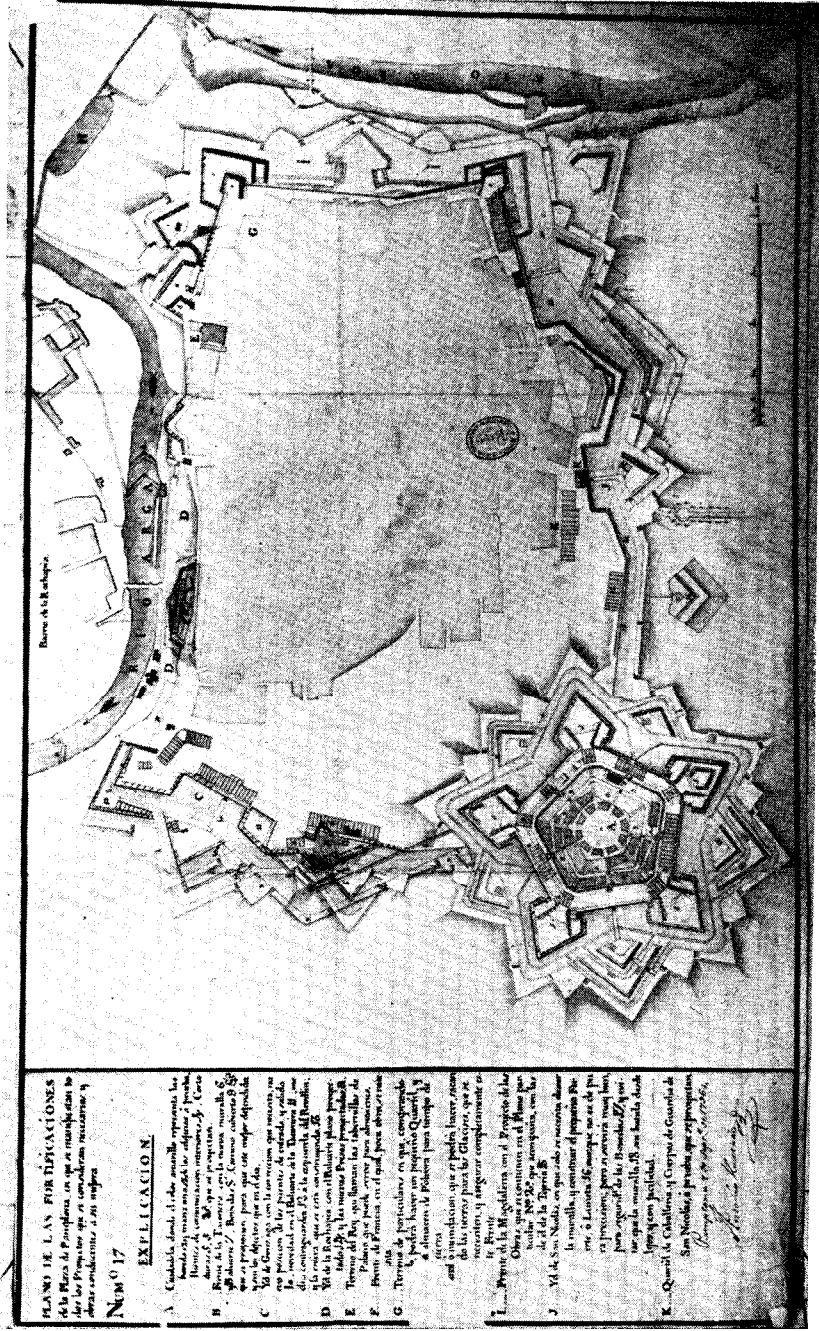
A España, país tenido en Europa por el más extremado en sus ideas católicas y realistas, afluyeron en gran número los emigrados, sacerdotes sobre todo, acogidos generosamente por el pueblo y no sin desconfianza por el Gobierno, bien por la prevención que suscitaba entonces cuanto venía de Francia, o por las intrigas de los diplomáticos, que la Revolución sostenía aún en España. Geoffray de Grandmaison fija en 20.000, y entre ellos 15 prelados, el número de sacerdotes que encontraron en el pueblo español una acogida piadosa y cordial.

Navarra fue, por su proximidad a Francia, uno de los sitios donde se refugiaron en mayor número sacerdotes franceses, entre ellos monseñor Juan Carlos de Coucy, Obispo de la Rochella, llega-

---

tísima para conocer el carácter de los emigrados, los trabajos siguientes: L. PINAGUD, *Correspondence intime pendant l'Emigration*; A. TORREILLES, *Le clergé dans le département de Pirinées orientales pendant la Revolution Française*; GEOFFRAY DU GRANDMAISON, *Le clergé français exilé en Espagne (1792-1802)*. París, 1881; MIGUEL J. OLIVER, *Mallorca durante la primera revolución* (Palma, 1903), y principalmente los artículos de don JUAN PÉREZ DE GUZMÁN, *Los emigrados de Francia*, publicados en la *Ilustración Española y Americana* el año 1908.





PLANO DE LAS FORTIFICACIONES  
de la Plaza de Pamplona, en que se manifiestan lo  
de los Proyectos que se consideraron necesarios y  
deben considerarse a su vez.

Númº 17

**EXPLICACION.**

- A. Casita de la Plaza, de la muralla representada, las  
torres de la muralla, y las torres de la Plaza.
- B. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- C. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- D. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- E. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- F. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- G. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- H. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- I. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- J. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.
- K. Puerta de la Plaza, y la muralla que la cubre.

San Nicolás de Calatrava y Capitan de Guarnición  
de Pamplona a 7 de Septiembre de 1791.

«Plano de las fortificaciones de la plaza de Pamplona, en que se manifiestan todos los Proyectos que se consideran necesarios y obras conducentes a su mejora». Firmado en Pamplona, a 7 de septiembre de 1791, por Antonio Hurtado. Archivo de la Biblioteca Central Militar (Servicio Histórico Militar), Sign. M-b-9-1.



«Plano de la plaza y ciudadela de Pamplona, con sus contornos...» Archivo de la Biblioteca Central Militar (Servicio Histórico Militar), sign. M-b-9-1. Este plano no tiene fecha, pero indudablemente debió ser realizado hacia 1791.

do a España en junio de 1791, y que en 4 de octubre del 92 dirigía desde Pamplona a sus diocesanos refugiados en España, una Carta Pastoral llena de unción y de espíritu de martirio; y otros muchos que recibieron hospitalidad en Iranzu, Meila, Leire, Puente de la Reina, Lerin y diversos puntos, en donde fueron acogidos afectuosamente por el clero y la nobleza del país.

No sucedió así con los caballeros franceses que habían encontrado refugio en Pamplona, y que fueron tantos, que el general don Ventura Caro y el Virrey Alvarez de Sotomayor, hubieron de pedir instrucciones a su Gobierno sobre su alojamiento.

Las damas admiraban su elegancia y su gallarda apostura; pero su petulancia, su espíritu volteriano y sus costumbres viciosas, les hacían antipáticos. «*La société du dix huitième siècle ne brillait pas par la moralité —dice Geoffroy—; depuis 1789, les bouleversements domestiques et l'absence de toute influence religieuse n'avaient pas purifié les moeurs. ... Un trop grand nombre de gentilshommes émigrés n'avaient pas abandonné, au milieu de leurs malheurs, leurs habitudes de plaisirs faciles.*» Forneron, en varios pasajes de su obra, habla de las livianas costumbres y los dichos escépticos de los caballeros del Trono y del Altar. En carta escrita en Pamplona a 29 de febrero de 1794, un joven oficial del regimiento de Segovia (17) se queja de la irreligiosidad de los emigrados, entre los que había muchas damas, tales como la Vizcondesa de la Barthe y Mlles. de Chaveron, y cita el hecho, presenciado por él, de que habiéndose encontrado con el Santo Viático un grupo de franceses, ninguno se quitó el sombrero ni cayó de rodillas. La Marquesa de Lozoya llega hasta exponer en una carta (31 de enero de 1794) la desconfianza con que todos veían en Pamplona a los emigrados, de los cuales dice que entre algunos buenos había muchos sospechosos, y su deseo de que les alejasen de la plaza.

Al declararse la guerra, los más de los franceses residentes en España y en estado de tomar las armas, pidieron que se les permitiese luchar contra el enemigo común: la Convención francesa. Se atendió tarde y mal su justa demanda, desaprovechando una fuerza que pudo ser considerable, si no por el número, por el valor de sus componentes. Primeramente se pensó en agrupar a todos los emigrados en una legión que combatiese en Navarra; pero luego,

(17) El teniente don Luis Domingo de Contreras-Girón y Escobar.

por desconfianza quizás, fueron repartidos en tres grupos, dos de ellos organizados por Mr. d'Ortaffa, fueron destinados a Cataluña, donde sufrieron diversas vicisitudes y cambiaron de organización y nombre varias veces; el tercero se formó con los franceses refugiados en Navarra (unos 500 hombres), y recibió el nombre de Legión Real de los Pirineos. Su mando se concedió al Marqués de Saint-Simón, uno de los emigrados más ilustres.

Claude-Anne de Rouvroy, Marqués de Saint-Simón, grande de España, pertenecía a una nobilísima familia francesa, ilustrada tanto en las armas como en las letras. El mismo era un militar distinguidísimo. Recién salido de la Escuela militar de Strasburgo, tomó parte en las campañas de Flandes; y luego se agregó al Cuerpo expedicionario de la Martinica. En 1780 pasó al servicio de España, y quedó cubierto de gloria y de heridas en el sitio de Yorktown. Vuelto a Francia, desempeñó el cargo de Gobernador de la fortaleza de San Juan de Pie de Puerto y fue diputado por la nobleza de Angoumois para los Estados generales. Emigrado a España en los comienzos de la Revolución, Carlos IV le devolvió sus grados militares.

A principios de junio de 1793, Pamplona se llenaba de emigrados, que acudían a levantar legión; entre ellos había algunos de la mayor distinción y que habían ocupado altos cargos militares, como el Marqués de Buzois, el de Bouillé, el Conde de Bissy y el de Clarac; el Vizconde de Charrette, el de La Barthe, el de Brie, Mr. de Buix; innumerables muchachos del mejor porte, hijos de caballeros, venían a alistarse como soldados rasos. Algunos, entre ellos el general de Saint-Simón y Mr. de Rouvroy, su hijo, asistieron al combate de Castel-Piñón, y cuentan que, ante la maravillosa acometividad de los españoles, juró el Marqués entrar en París con veinte mil hombres como aquellos.

El 10 de junio debía de haber ya en Pamplona suficiente número de «petimetres» (así llamaban las damas pamplonesas a los caballeros del Rey, por la elegancia de su aspecto), pues en ese día nombró Saint-Simón los oficiales entre los que tenían preparación militar.

La Legión Real de los Pirineos permaneció guarneciendo Pamplona hasta primeros de enero de 1794, en que salió a campaña, ocupando la posición de los Alduides, en terreno francés, la más peligrosa avanzada de los Pirineos; desde entonces, los legionarios franceses combatieron a las tropas republicanas con un valor rayano en la desesperación. El 26 de abril de aquel año, los realistas, manda-

dos por Mr. de Saint-Simón, ocupaban el puesto de Cohorto, a cuatro leguas de Burguete, cuando recibieron el encargo del general Caro de destruir los puestos que mantenía el enemigo delante de Baigorri. Al caer la noche de aquel día, que vino muy oscura y lluviosa, la Legión se puso en marcha; el camino que la entusiasta tropa había de seguir era muy accidentado y escabroso, y discurría entre precipicios; en una pequeña elevación, por encima de él, mantenían un puesto avanzado los republicanos, los cuales, para su seguridad, habían cortado la estrecha senda. No lo advirtió el avernés d'Assas, que iba el primero entre los que hacían avanzada a la descubierta, y fue a estrellarse contra los peñascos de un barranco. Medio muerto, tuvo fuerza y valor para volver a los suyos y advertirles del peligro, conteniendo sus gemidos, que hubiesen alarmado a los cien sans-culottes que guarnecían el puesto. Al amanecer, estos soldados de la Convención distinguieron la retaguardia de los realistas, y con sus disparos avisaron a sus compañeros de Baigorri, que no pudieron impedir con un diluvio de balas que los legionarios, bisoños en sus tres cuartas partes, ocuparan a la bayoneta todas sus posiciones, al grito de ¡Vive le Roi! Cumplida su misión, que no era otra que impedir a la guarnición del fuerte de Arol atacar de flanco al general Caro, fue preciso emprender la retirada, más difícil aún que el avance, por dominar los sans-culottes el camino por donde se había de efectuar. Después de mantener un combate en cada palmo de terreno, la Legión, diezmada y cubierta de gloria, volvió a sus posiciones primitivas.

El 3 de julio de 1794, día en que los republicanos atacaron por los Alduides, portose la Legión valentísimamente, cubriendo la retirada de las tropas españolas, atacadas por un ejército francés muy superior en número, hasta las reales fábricas de Euguí. Un poco más tarde, el 10 de julio, acaeció el ocaso y fin honroso de la Legión Real de los Pirineos, refugio de los caballeros de Francia. Deseando vivamente los republicanos exterminar la pequeña tropa de los que odiaban como a traidores, atacaron el campamento de Mr. de Saint-Simón en Arquinzum, al tiempo que La Tour d'Auvergne, el primer granadero de Francia, procuraba cortarles la retirada con ciertas tropas escogidas. Los realistas llevaron a cabo una defensa heroica, y al cabo lograron retirarse por una hábil maniobra, si bien casi una mitad de ellos quedó tendida en el campo. El Marqués, atravesado el pecho de un balazo, siguió dando las voces de mando en la retirada, y no fue hecho prisionero gracias

a la abnegación de los suyos. «Aier —escribe la Marquesa de Lozoya, a 11 de julio— acometieron los enemigos al campamento de nuestros realistas, que estaba delante de la fábrica de Egui; lograron desecharnos de él con bastante pérdida de nuestra legión, pues el general de éstos, que es el Marqués de Saint-Simón, llegó aquí esta mañana gravemente herido; ha hecho una defensa mui gloriosa, pero le ha costado lo menos doscientos muertos, o heridos, que prisioneros no se dejan llevar, porque saben que sus paisanos les darían una muerte cruel». Parece, sin embargo, que los republicanos apresaron cuarenta y nueve legionarios, heridos la mayor parte de ellos, y que los pasaron inmediatamente por las armas.

Indudablemente, una de las causas del extraordinario valor que desplegaban siempre estos caballeros, obligados a luchar por la patria en contra de sus mismos compatriotas, estaba en la desesperación, pues sabían que el que cayese prisionero, aunque se hubiera batido heroicamente, aunque estuviese cubierto de heridas, sería fusilado luego como traidor, si es que no se le reservaba para la guillotina. En cambio, como las órdenes del general Caro eran precisas respecto al buen trato de los prisioneros, los legionarios se veían obligados a guardar la vida de los soldados de la República que caían en sus manos; pero se desquitaban mirándolos con el mayor desprecio, sobre todo si habían poseído grados militares o títulos de nobleza en el antiguo régimen. «*Lorsque l'un d'eux etait fait prisonnier* —dice Forneron, refiriéndose a los oficiales que servían a la República—, *il était regardé avec une sorte de pitié par les nobles que avaient quitté la France.*» El general de La Genetiere, prisionero de los españoles en la toma de Castel-Piñón, había sido Mariscal de Campo de Luis XVI; como se encontraba en nuestro campamento con el Marqués de Saint-Simón, saludóle cortésmente, dándole nombre de amigo, y el emigrado respondióle con altanería, y aun prohibió a sus realistas que le visitasen, bajo pena de la vida. Querellóse el primero de la afrenta ante el General en Jefe, don Ventura Caro, y éste, siempre caballeroso con los vencidos, reprendió al Marqués, el cual arguyó que quien era enemigo de la Patria, del Rey y de la Religión, no podía recibir trato amistoso del que había ofrecido su vida a estos altos ideales (18). No obs-

---

(18) Véanse las cartas de la Marquesa de Lozoya, del 31 de mayo, 3 y 10 de junio de 1793.

tante, los emigrados, franceses siempre, no dejaban de estimar el valor de los soldados de la República y aun de enorgullecerse de él; los sans-culottes, por su parte, tenían el más alto concepto de la valentía de los legionarios; como en cierto combate de los Pirineos hiciese prodigios de bravura el comandante español Cagigal, los republicanos tuviéronle, a causa de esto, por uno de los realistas franceses, a los que se parecía por su alta estatura y su color blanco y rubio, y esta equivocación estuvo a punto de costarle la vida.

Todavía algunos de aquellos soldados huraños y bravos que llevaban los más claros nombres de Francia, miserables despojos de la Legión destrozada en Euguá, siguieron luchando tenaz y rabiamente al lado de nuestras tropas contra la Revolución, que les había arrebatado sus privilegios, que les había perseguido y despojado, que había dado muerte a su Rey. El 25 de julio de 1794 defendieron valentísimamente el puente del Bidasoa, en el valle de Lerín, cubriendo la difícil retirada del ejército español.

Firmada la paz de 1795, los nobles emigrados tuvieron que sufrir infinitas vejaciones por la ingratitud de España y por la implacable hostilidad del Directorio, que los miraba como traidores. Es cierto que no merecían ese nombre; en su conciencia, el concepto de servir a la Patria estaba unido todavía al de servir al Rey; sirviendo al Rey tan leal y abnegadamente, servían a su patria, según el régimen feudal, que era el suyo todavía. Por otra parte, no podían tener escrúpulo de luchar al lado de España, que hacía la guerra, no contra Francia, sino por la vieja Francia y contra la Convención; cuyo caballeresco desinterés era patente, y que se apresuraba a proclamar, en los pueblos conquistados, a Luis XVII, el desgraciado niño-Rey, que se envilecía, física y moralmente, en su prisión.

Otros emigrados franceses de aspecto menos romántico, fueron también a guarecerse a la hospitalidad navarra. Eran los habitantes de lugares fronterizos, que se habían entregado a España y que, al ser reconquistados por los franceses, pasaban en masa el Pirineo: De ellos habla la Marquesa en carta de 6 de junio de 1794.

## LOS CONTRABANDISTAS

Uno de los más pintorescos y extraños componentes del abigarrado ejército que luchaba en los Pirineos navarros contra la idea republicana, es sin duda el escuadrón formado por la gente que vivía del contrabando en los montes cerveranos o en las sierras de Andalucía; los historiadores extranjeros notan con fruición el entusiasmo de los monjes y contrabandistas por la guerra. «Los frailes llegaban por regimientos, tomando aquella causa por suya —escribe el general Foy en su obra, no terminada, *Histoire de la guerre de la Peninsule sous Napoleon*—; bandas enteras de contrabandistas, olvidando su habitual conducta para con el Gobierno, pidieron ir a pelear con los enemigos del trono y de la Iglesia». El emigrado Luis de Marcillac dice así: «Los contrabandistas de Sierra Morena, estas gentes abandonadas al crimen y al asesinato, dejaron de serlo y consagraron su valor a la defensa de la Patria»; y el hecho le hace perderse en largas consideraciones. Tal vez estos contrabandistas, predecesores de los guerrilleros de la guerra de la Independencia, hayan contribuido en algo a formar la leyenda de la España pintoresca.

El Gobierno favoreció, con un decreto de amplia amnistía, el movimiento espontáneo de la gente de bronce, de la cual se formó la primera partida a primeros de mayo de 1793. A fines de este mes se esperaba en Pamplona la llegada de 150 contrabandistas de la Sierra de Cervera; parece ser que los flamantes defensores del Rey se entretuvieron por el camino en robar cuanto podían. El 24 escribe desde aquella ciudad la Marquesa de Lozoya: «Acavan de llegar los contrabandistas que dicen no temen a nadie, con puñal, pistolas y un capitán suio. Vienen muchos i son temibles; veremos qué progresos azen.»

Quizás la gente del pueblo, tan propensa a lo romancesco, llegó a cifrar esperanzas en la acción de los contrabandistas y de su gallardo capitán, que era uno de ellos, hombre de cierta calidad, llamado don Pedro de Ubeda; pero bien pronto se vieron defraudados. A primeros de julio tomaron parte en algún pequeño combate; a mediados del mismo mes contribuyeron a la heroica defensa de la iglesia de Biriadou, contra el propio La Tour d'Auvergne, y en ella perdieron la vida dos, y otro, que hizo verdadero alarde de valor y destreza, salió gravemente herido; pero no se vuelve a oír



hablar de la famosa compañía, que parece se disolvió pronto. «No es mala guerra —escribe doña Juana de Escobar a su mayordomo de Segovia el 26 de abril de 1795— la que tienen v. ms. por esa tierra con los muchos ladrones que la inundan, que naturalmente, serán los escapados de estos contrabandistas, que los más son facinerosos sacados de las cárceles, pero como fueran nuestros granaderos por allá, presto los harían retirarse»; y el 7 de mayo escribe: «Es regular también que en la corte tomen providencia embiando tropa de Caballería para evitar los excesos que ai cometen los ladrones, que sin duda serán algunos de ellos, de los escapados de aquí, de la famosa compañía de don Pedro de Ubeda, que han sido bastantes.»

#### EL PAISANAJE

Los ciudadanos de Pamplona, los campesinos de la Ribera, los pastores del Roncal, de Roncesvalles o del Baztán, vestigio de la indomable sangre vasca, cooperaron eficazísimamente a la acción de este abigarrado ejército. Navarra era y es, entre las naciones de la Península, de las más apegadas a la tradición, y sus habitantes tomaron parte, con el mayor empeño, en la Cruzada. Quizá influyese también en el ardor bélico de los montañeses su animosidad de fronterizos contra los de Pie de Puerto o de los Alduides; lo cierto es que su ayuda fue de extraordinaria eficacia. La Marquesa, en carta de 22 de noviembre de 1793, fija en 7.000 el número de paisanos que habían tomado las armas, de los cuales 2.000 guarnecían los alrededores de Ibañeta, puesto de gran peligro. En mayo de 1794, quince paisanos, con treinta milicianos de Soria, se hicieron fuertes en un caserío cerca del valle de Roncal, y resistieron a 2.000 franceses, que hubieron de retirarse, a pesar de su artillería. Cuando, en enero de 1794, se retiró de Pamplona la Legión Real, quedó la plaza guarnecida casi exclusivamente por paisanos, que inspiraban mayor confianza que los emigrados. A fines de junio de aquel año seguían sobre las armas, aun cuando eran necesarios en sus campos para recoger las cosechas. La ardiente sangre de los mozos navarros produjo alguna colisión con las tropas regulares, una de las cuales, ocurrida en Tudela, reseña doña Juana en carta de 29 de junio de 1795 (19).

(19) Los historiadores dan poca importancia a la actuación del paisanaje en esta guerra. De las últimas cartas de la Marquesa se deduce la deca-

## CARÁCTER DE LA CAMPAÑA

Según el General Arteché, el plan que asignaba el Gobierno al Ejército de Navarra, era: «El de una defensiva que según la situación y las fuerzas del enemigo, pudiera tomar a veces un carácter ofensivo, con el objeto de que aquél no pudiera socorrer ni reforzar a los demás de la frontera, particularmente a la del Rosellón». Para llevarlo a cabo era preciso, no solamente un General experto y hábil, sino también lo suficientemente abnegado para conformarse con este deslucido papel de auxiliar del ejército de Cataluña, renunciando a fáciles triunfos y limitándose a una enojosa e incabable guerrilla de frontera. Acertadamente fue nombrado el Teniente General don Ventura Caro, hijo del Marqués de la Romana, que se había hecho notar en todas las funciones militares que mantuvo España en la segunda mitad del siglo XVIII (Portugal, Argel, Colonia del Sacramento, Gibraltar, Mahón). Hombre dotado, si no de genio, sí de experiencia, de buen sentido y de intachable caballería. La marcha de la guerra le permitió un solo momento de gloria, en mayo de 1793: la toma del campo de Sarre, a pesar de los esfuerzos de La Tour d'Auvergne, y la conquista de la inexpugnable fortaleza de Castel-Piñón, llave de Francia por Roncesvalles, después de un combate en que se hicieron prodigios de valor. El ejército deseaba penetrar en Francia; pero Caro, quizá por órdenes del Gobierno, hubo de abandonar su difícil conquista. Desde entonces la guerra se redujo a pequeñas incursiones de los españoles por Sarre, los Aldudes o San Juan de Luz, y de los franceses por los valles altos, singularmente en torno de las fábricas de Orbaiceta y Euguá. En general, la campaña de 1793 fue favorable a los españoles, que mantuvieron constante superioridad sobre el enemigo.

La campaña de 1794 se presentó, desde luego, mucho más dura y difícil. Caro no contaba sino con un ejército mermaidísimo y fatigado, y en tanto, la República, vencedora en el Norte, llevaba a la frontera de España excelentes tropas. El general procuró, a pesar de todo, mantener la ofensiva; pero disgustado por la pen-

---

dencia del espíritu militar de los navarros, cansados, como todos los españoles, de la recia y larga campaña.

ria de medios en que la Corte le dejaba y quizá también por las dificultades que le creaba el intempestivo fervor foral de la Diputación de Guipúzcoa, presentó su dimisión en aquel estío y se le substituyó con el Virrey de Navarra, don Martín Alvarez de Sotomayor, Conde de Colomera, hombre de alta reputación militar, pero ya rendido por el peso de los años. No pudo Colomera detener el avance del general Muller, que penetrando por los Alduides ganó el Bidasoa y se apoderó, con débil resistencia, de Fuenterrabía y San Sebastián. Moncey, sucesor de Muller, ocupó algunos valles de Guipúzcoa y avanzó por Navarra; pero comprendió la imposibilidad de tomar Pamplona y se retiró a sus campamentos. En la campaña de 1795, tan desdichada para España, la región navarra quedó como al margen de la lucha que se desarrollaba en las Vascongadas, en el Norte de Castilla y Cataluña. En marzo del 95 substituyó a Colomera en el mando del ejército de Navarra el napolitano don Pablo de Sangro y de Merodé, Príncipe de Castelfranco, que desde el comienzo de la guerra mandaba las fuerzas de Aragón (20). En este tiempo no se hablaba sino de paz; muerto o desaparecido el Delfin y perdida la esperanza de vengar a Luis XVI, España la deseaba con el mismo ardor con que había pedido la guerra en 1793. Las cartas de la Marquesa nos hablan del anhelo que había por la paz en el ejército, y en el pueblo, y la alegría con que fue acogido el tratado de Basilea, de 22 de julio de 1795. «Mi estimado Chacón —escribe en 2 de agosto—: ¡ah! estará v.m. contento y libre de apuros, como todos lo estamos, con la gustosa noticia de la paz. ¡Dios quiera sea cierto lo que nos dizem que quedan con Rey y religión Católica! Aquí puede v. m. considerar el júbilo que habrá habido». Fue inexacta como tantas otras, la noticia de que Francia quedase monárquica y católica; pero nos prueba cómo persistía en los españoles, después de tantos fracasos, el generoso anhelo de conversión de los republicanos franceses. Quizá los sacrificios de España no fueran del todo estériles, y la tenacidad del esfuerzo español contribuyese en algo a los nuevos derroteros que siguió desde entonces la Revolución.

---

(20) La relación más detallada de la campaña de Navarra es la del General ARTECHE, en su *Reinado de Carlos IV*. ARTECHE recorrió detenidamente los valles pirenaicos, teatro de aquellos sucesos. Su narración se inspira principalmente en los partes oficiales españoles y franceses, en la obra de MARCILLAC, ya citada, y en las *Memoires sur la dernière guerre entre la France et l'Espagne dans les Pyrénées occidentales*, del ciudadano B. (BEAULAC).

Pamplona y Junio 6 de 94.

Yo estoi buena, aunque llena de queaceres del Rejimiento, pues como el niño está comisionado por el rejimiento para todo lo que aqui se ofrezca, todo cae sobre mí, i a trueque de tenerle conmigo lo doi todo por bien empleado. De Luis tengo buenas noticias, que no es poca fortuna, pues el tres atacaron los franceses los aldudes, donde escasamente teníamos dos mil ombres, i ellos venían de siete a ocho mil. Se defendieron los nuestros, aviendo tenido un vivo fuego, ocho horas, i se retiraron con mucha orden a la fábrica de Eguí. A los nuestros los mandaba el jeneral francés Marqués de San Simón, que es mui bueno, i la legión francesa tanvién se portó i todos se retiraron a la fábrica, donde la an defendido grandemente; de aquí se les envían víveres i se espera no la tomen. Los Aldudes los quemaron, i no dejarían de azer el daño que pudiesen, como eran suios i se nos avían entregado; las pobres jentes se van refujiando a estos lugarzitos.

También por Vastan acometieron i nos tomaron un alto por aver tenido nosotros una fatalidad. Un vatallón de Zamora, la maior parte i los oficiales se retiraron a un fuertezillo que avía, desde donde no dejavan pasar a los enemigos, pero tuvieron la desgrazia que una granada caió en el repuesto de pólvora i voló la casa con todos, i entonces los enemigos tomaron el alto; pero los paisanos an tomado las armas, i si las quintas que aora azen uvieran sido por Otuvre, estuviera la tropa disziplinada i no uviera estos trabajos. Hazia Ronzesvalles no an acometido.



ESCUDO DE ARMAS DEL IV MARQUÉS DE LOZOYA  
(COLECCIÓN DEL ACTUAL MARQUÉS DE ESTE TÍTULO)